

LA ANÓNIMA MUJER DEL MOTÍN DEL HAMBRE

Manuel García Parody

Académico correspondiente de las Reales Academias de Córdoba y de la Historia.

RESUMEN

El 6 de mayo de 1652 estalló un grave motín en Córdoba motivado por una persistente crisis de subsistencias que se vivía en la ciudad y en buena parte de los territorios de la Monarquía Hispánica. El detonante fue el grito de dolor de una mujer anónima que, frente a la iglesia de San Lorenzo, logró galvanizar a la multitud presentando el cadáver de su hijo muerto por la hambruna. De forma espontánea estalló un motín popular reclamando pan y justicia al grito de ¡Viva el Rey y muera el mal gobierno! Después de hacerse dueños de la ciudad los amotinados lograron que se abarataran las subsistencias y la destitución del corregidor. Las secuelas del motín, que fue similar a otros surgidos en distintas localidades andaluzas, se prolongaron hasta en verano. La calma regresó a Córdoba pero solo gracias a medidas coyunturales sin que se abordasen las verdaderas razones que ocasionaban el hambre y la miseria de las clases populares.

Palabras clave: Monarquía Hispánica, crisis de subsistencias, hambruna, motín, corregidor.

SUMMARY

On May the 6th. in 1652 a serious mutiny broke out in Córdoba, due to a growing hunger in the town and in a great parte of the Hispanic.

Monarchy. The trigger which sparked off the protest was the painful cry of a woman who, opposite St. Lawrence church, whipped the crowd carrying the corpse of her son, who had starved to death. A popular riot broke out spontaneously. The shouting rabble claimed bread and justice. The crowd shouted "Long live the King and death to the bad government" After taking the city, the insurgent people achieved to reduce the price for subsistence and the mayor of the town to be removed. The effect of the mutiny, which was similar to other places in Andalucía lasted through that summer. Calm turned back to Córdoba only thanks to short-term measures that did not deal with the real causes for hunger and misery of popular classes.

Keywords: Hispanic Monarchy, subsistence crisis, hunger, mutiny, mayor.

Eran las primeras horas de la mañana del lunes 6 de mayo de 1652. Los feligreses que salían de la primera misa que se rezaba en la iglesia de San Lorenzo se toparon con una mujer del barrio, de ascendencia gallega, que llevaba en sus brazos a su hijo de corta edad que ya mostraba en su inmovilidad la rigidez de la muerte. Con el rostro descompuesto por el dolor, aquella anónima mujer lloraba desconsoladamente y, mientras mostraba el cuerpo inerte de su hijo, clamaba justicia contra los causantes de su tragedia. Era el hambre que asolaba la ciudad lo que había cortado de raíz la vida de aquel infeliz. El hambre ocasionada por una brutal subida de las subsistencias que se escondían en los depósitos y las despensas de los poderosos para que sus precios crecieran y, con ello, sus beneficios, a costa de la miseria de los menos favorecidos.

La situación de los reinos de la Monarquía Hispánica, sobre todo Castilla, era verdaderamente espantosa a mediados del siglo XVII. 1640 bien podría ser calificado como un *annus horribilis* para la Monarquía más poderosa del mundo, cuando los débiles vínculos que unían sus territorios amenazaron con romperse y hacer saltar en mil pedazos la acumulación de los reinos que los Habsburgo habían acaparado. Los intentos de política centralizadora del máximo mandatario político de la Monarquía, el conde duque de Olivares, y el progresivo debilitamiento propiciado por la participación en la *Guerra de los Treinta Años* y en la de la independencia de los Países Bajos, desencadenaron intentos secesionistas en Cataluña, Portugal, Nápoles, Aragón e, incluso, la Baja Andalucía. A duras penas el conde duque pudo controlar aquellos movimientos, que tuvieron especiales motivaciones cada uno de ellos y un desarrollo diferente. Al final solo el reino de Portugal se separó definitivamente de la Monarquía Hispánica. Pero este complejo plurinacional quedó herido de muerte incluso antes de que llegara la derrota en los conflictos centroeuropeo y flamenco.

Diez años después de aquel *annus horribilis* la situación no había mejorado. Por los campos y los pueblos de España corrían los cuatro jinetes del Apocalipsis. La guerra, aunque desarrollada más allá de los Pirineos, iba dejando su secuela de destrucción sobre todo después de que la considerada invencible infantería española sufriera el descalabro de Rocroi

en 1643. La peste había provocado una terrible mortandad en todo el territorio de Castilla y, particularmente, en Córdoba hasta el punto de que entre 1648 y 1650 uno de cada cuatro habitantes había perdido la vida en la epidemia. Y con estas maldiciones bíblicas, el hambre y la muerte se extendían por doquier.

Andalucía fue uno de los territorios de la Monarquía donde el hambre más se sintió. Pese a la indudable riqueza de sus campos, una injusta estructura de la propiedad de la tierra y un abandono secular de la agricultura impedían que sus frutos contribuyeran a paliar las miserias que azotaban a la gran mayoría de sus gentes. Uno de los hombres que mejor ha estudiado la realidad del campo andaluz, Juan Díaz del Moral, afirmó hace casi cien años que *“si el hambre produjera motines en este país, el reino de Córdoba hubiera vivido en perpetua revuelta durante muchos siglos”*¹. Y uno de esos motines fue el que estalló en Córdoba a principios de mayo de 1652 a raíz de que aquella anónima mujer excitara el ánimo para la rebeldía de sus paisanos.

El motín cordobés de 1652 no fue el primero ni el único que se produjo por estas fechas. Sus causas hay que encontrarlas, primeramente, en la persistencia de una continua crisis de subsistencia agravada tras varios años de pertinaces sequías. Junto a ella hay que destacar el incremento de la presión fiscal sobre las clases populares –los privilegiados, nobleza y clero, estaban exentos de la tributación- y la venta de baldíos para sufragar los ingentes gastos de una Monarquía Hispánica envuelta en una serie continua de guerras cuyos objetivos eran mantener su hegemonía continental. La venta de baldíos, tierras comunales cuya explotación paliaba levemente la situación de las gentes menos favorecidas, fue uno de los frecuentes recursos utilizados por el fisco castellano para acrecentar sus exiguas arcas pero trajo como contrapartida que se privara a muchos de la posibilidad de recolectar leña o frutos silvestres para comer².

Antes del motín cordobés de mayo se produjo uno de similares características en Lucena (1647) cuando se pretendió cobrar a los contribuyentes de la ciudad un impuesto extraordinario de 8.000 ducados. Los recaudadores de tributos tuvieron que refugiarse en el convento de los Franciscanos para evitar ser linchados. Algunos de los inductores de la protesta fueron encarcelados pero el pueblo asaltó la prisión y los puso en libertad al tiempo que se ocupaban las oficinas de Hacienda y se rompían las cédulas reales que ordenaban el cobro de impuestos y el papel sellado que se exigía en todos los documentos

públicos. Fue necesaria la intervención del marqués de Comares, titular del señorío de Lucena, con una tropa de 500 hombres, para reprimir la rebelión. Pero el descontento siguió latente, como señaló el mismo aristócrata en una carta dirigida a la Chancillería de Granada advirtiendo que se podrían repetir estos sucesos caso de no tomarse medidas para paliar los problemas que afectaban a la mayoría de las gentes.

No le faltaba razón al marqués de Comares. Como si fuera un reguero de pólvora surgieron motines similares en Priego, Loja, Montefrío, Alhama, Ardales y, sobre todo, en Granada donde en 1648 cuatrocientos hombres armados asaltaron la casa del corregidor y obligaron a las autoridades a huir al campo. Al año siguiente la ola de indignación llegó a Vélez Blanco y de nuevo hubo conatos de rebeldía en Granada.

Las autoridades se limitaron a reprimir las protestas y hacer oídos sordos a las demandas populares. La crispación siguió creciendo de forma exponencial, sobre todo a partir de que la Monarquía ordenara una devaluación de la moneda de vellón al resellar su valor y duplicarlo artificialmente de manera que una moneda de dos maravedíes pasó a valer cuatro. Esta devaluación condujo inevitablemente a una inflación galopante y a que se acapararan y dejaran de salir al mercado las monedas de metales preciosos que guardaban los más favorecidos³.

Este es el contexto inmediato en el que se produjo la protesta cordobesa de 1652 cuyo detonante fueron los gritos de la anónima gallega del barrio de San Lorenzo y su imagen desgarrada mostrando a su hijo muerto por el hambre. Dejemos que sea Díaz del Moral quien nos cuente aquellos tremendos momentos:

“Las mujeres del barrio corrieron indignadas y frenéticas increpando a los hombres por su cobardía e incitándoles a acabar con la injusticia y la iniquidad. Los hombres se armaron con cuchillos, chuzos, alabardas y hachas y se dirigieron en tropel a casa del corregidor [...] El grupo, cada vez más numeroso, siempre acompañado y alentado por las mujeres, recorrió las calles [...] asaltó casas y graneros y se llevó el trigo”.

El motín estaba en marcha, aunque bajo la forma de una protesta desorganizada y sin planes concretos. Dos hombres parecían llevar la voz cantante: Juan Tocino y el Tío Arrancacepas, cuyos nombres figuran hoy en la toponimia del cordobés barrio de Las Costanillas. El corregidor Pedro Alonso de Flores y Montenegro, vizconde de Peña Parda, se vio

1 DÍAZ DEL MORAL, Juan: *Historia de las agitaciones andaluzas*. Madrid, 1967, pág. 63.

2 CALVO POYATO, José: “Las mujeres inductoras en la revuelta de Córdoba de 1652”, en *Revista de Historia*, nº 65. Madrid, 2004.

3 CONTRERAS GAY, José: “Penuria, desorden y orden social en la Andalucía del siglo XVII”, en MARTÍNEZ SAN PEDRO, María de los Desamparados (Coord.): *Los marginados en el mundo medieval y moderno*. Almería, 2000. Págs 211-226.

obligado a buscar refugio en el convento de los Trinitarios tras el saqueo de su casa. Muchos nobles y prebendados eclesiásticos hicieron lo propio en lugares sagrados mientras los amotinados formaban grupos armados en San Nicolás de la Axerquía y San Lorenzo y empezaban a llevar a esta iglesia el trigo que habían recuperado de los graneros donde lo acaparaban los nobles.

El obispo Pedro Tapia, hombre ya anciano, quiso poner su autoridad moral para apaciguar los ánimos en una ciudad en la que, con su corregidor y la mayoría de los miembros del Concejo escondidos, reinaba el caos. Pero de momento no logró conjurar el motín. Por ello ordenó a los frailes de los conventos que patrullasen las calles para evitar asaltos y calmar a los más excitados.

El día 7 de mayo Córdoba seguía bajo el control desorganizado de los amotinados. Continuaron los asaltos a las casas de los aristócratas y a los graneros que poseían los cargos eclesiásticos. Conforme avanzaba el día se extendieron rumores de que el marqués de Priego se acercaba a la ciudad con un contingente armado para poner orden, por lo que los sublevados se dedicaron a colocar controles en las entradas de la población. El miércoles 8 de mayo la situación no había cambiado y muchos vecinos recorrían las calles de Córdoba con el grito habitual de *¡Viva el Rey y muera el mal gobierno!* Es el mismo clamor que se escucharía en otras revueltas populares como el famoso Motín de los Gatos, a fines del reinado de Carlos II, o en el no menos célebre dirigido contra el marqués de Esquilache en el siglo XVIII.

Poco a poco las gestiones del obispo Tapia dieron sus frutos. Tras reunirse con los pocos regidores que no se habían escondido o huido, el Cabildo eclesiástico y los priores de los conventos propusieron que se designara a Diego Fernández de Córdoba, caballero de la Orden de Calatrava y señor de la Campana, como nuevo corregidor. Era un hombre bondadoso que concitaba simpatías y respeto en la mayor parte de las clases populares y que, tras meditar la propuesta que le presentaba la autoridad religiosa, la aceptó. Teodomiro Ramírez de Arellano así nos lo describe en sus Paseos por Córdoba:

“[Diego Fernández de Córdoba] a ruegos del Obispo y de sus numerosos amigos y allegados, consintió al fin en ello, y en el Ayuntamiento, delante de más de cuatro mil personas, recibió la vara de manos del Sr. Obispo, siendo saludado con una gran salva de arcabucería; en seguida arengó al pueblo desde los balcones, diciendo que consentía en gobernarlos, con la condición de que se retirasen a sus casas, que él los sustentaría de pan al precio de tasa, hasta la

próxima cosecha; que le jurasen obediencia y esperarían tranquilos en sus hogares: lo hicieron, y enseguida se publicó un bando para que entregasen las armas, dándose todo por terminado sin la menor desgracia, aparte de los desafueros o allanamientos de moradas para la saca de trigo: por la tarde había pan en abundancia, a tres cuartos y medio y cuatro⁴.

El nuevo corregidor, cuyo cargo fue ratificado por el rey Felipe IV, había logrado que la Corte autorizara un libramiento de 100.000 ducados para poder abaratar las subsistencias. Esto, y la promesa de no tomar represalias contra los amotinados, contribuyó a tranquilizar la situación. Pero a nadie se le escapaba que aquello era una calma tensa.

Unos días después un caballero llamado Felipe Cerón tuvo un altercado con algunos de los que participaron en la revuelta que se saldó con la muerte de uno de ellos. Inmediatamente se movilizaron 2.000 cordobeses que a punto estuvieron de devolver la ciudad al caos. El obispo y el corregidor propusieron un nuevo perdón general, que incluiría a Cerón, sin que las gentes lo aceptaran. Sin embargo el conflicto se conjuró porque el efecto del abaratamiento tranquilizó a muchos y porque la revuelta carecía de una dirección eficaz para mantener la lucha.

En las vísperas de San Juan otra vez estuvo a punto de incendiarse la llama del motín cuando un nutrido número de campesinos pretendió irrumpir en la ciudad, a imagen y semejanza de lo que hicieron los segadores catalanes en el *Corpus* de 1640. Entre ellos estaban quienes habían abandonado Córdoba a finales de mayo y se habían dedicado al bandolerismo. Ante estos precedentes las autoridades respondieron con prontitud y energía y conjuraron el peligro. El Rey, para no crear más problemas, concedió un nuevo perdón pero esta medida no impidió que algunos cabecillas fueran ajusticiados. Entre ellos estuvieron Alonso Baptista y el sombrerero Juan de la Cruz, ambos de San Lorenzo, el valenciano Joseph Duque y el vecino de San Nicolás de la Axerquía Antonio de Rojas. Se salvó del garrote Francisco Antonio, también de San Lorenzo, porque ingresó en el convento de San Agustín y otros diez fueron condenados con penas de azotes y galeras. En total las autoridades señalaron a 33 responsables, la mitad del barrio de San Lorenzo y casi todos artesanos, más un maestro de escuela, un boticario y el casero del convento de Regina (CALVO POYATO, José). Y es que en este barrio, según lo que escribió Ramírez de Arellano en 1873,

“sus habitantes comparados con los de otros barrios más céntricos, parecen como de otros pueblos; dedicados en su mayor parte a las faenas del campo,

4 RAMÍREZ DE ARELLANO, Teodomiro: *Paseos por Córdoba*. Córdoba, 1873. Págs 156 y siguientes.

carecen casi por completo de instrucción, y aparecen obcecados en muchas cosas, si bien sus intenciones son buenas, pero entre ellos habita mucha gente de mal vivir”.

Así transcurrió aquel motín del hambre de 1652. La ciudad regresó a su habitual calma y sosiego pero los males aún seguían sin resolverse. Tras los sucesos de Córdoba se produjeron incidentes parecidos en Málaga, Ayamonte, Palma del Río, Bujalance y sobre todo Sevilla. Aquí las masas enfurecidas intentaron asaltar el Real Alcázar, la Casa de la Moneda y la Alhóndiga donde se almacenaba el trigo. Hubo muertos, heridos y numerosos detenidos. Pero también las aguas volvieron a su cauce no porque se hubiera afrontado la búsqueda de soluciones a los pavorosos males que acechaban a la mayoría de la población sino porque aquellas revueltas, aunque fueron casi simultáneas, no estuvieron organizadas ni coordinadas. Lo único positivo que se logró con ellas fue una ligera rebaja de la presión fiscal. Pero el fantasma de posibles nuevas convulsiones siguió presente. Otra cosa es que puntuales mejoras de la coyuntura de precios y abastecimientos y la falta de conciencia de la población actuaran como freno de posibles rebrotes (José CONTRERAS GAY, José).

Este tipo de calamidades no solo fue privativo de Andalucía. En la segunda mitad del siglo XVII hubo numerosos conflictos de carácter social en casi toda Europa. De esos años son las Frondas de Francia, donde las reivindicaciones políticas se unieron a las sociales, las sublevaciones de campesinos en Polonia, la rebelión de algunos cantones suizos, la protesta de los cosacos del Don y del Volga, el alzamiento campesino en Bretaña o los levantamientos de Moscú. Y dentro de España, los movimientos campesinos en Cataluña y Valencia, en lo que se conoce como la Segunda Germanía.

No sabemos qué le pasó a la anónima mujer que inició el motín del hambre en el mayo cordobés de 1652. Fue anónima cuando recorrió las calles clamando justicia por su hijo muerto y continuó bajo el anonimato en el conflicto que se suscitó. Tal vez se confundiría con las otras mujeres que empujaron a sus maridos y a sus hijos a luchar por unas subsistencias que ellas eran las primeras en sufrir desde el silencio de sus hogares. Las crónicas de entonces, tan prolijas en decir los nombres de los varones que protagonizaban la vida social y política, silencian el de las mujeres ignorando por completo a la mitad de la población. Pero aunque no conozcamos sus nombres y más detalles de sus vidas, no podemos dejar su memoria en el olvido.